

Lola Caparrós Masegosa, *Arte e instituciones. Concursos Nacionales de escultura, grabado, arte decorativo, arquitectura y pintura (1922-1936)*, Universidad de Granada, 2020, 422 páginas.

Ana María Fernández García*
Universidad de Oviedo

Hace seis años recogíamos en esta misma revista la publicación del libro de la misma autora *Historia y crítica de las exposiciones nacionales de bellas artes (1901-1915)*, que hacía un pormenorizado estudio de las muestras nacionales que tuvieron lugar en los quince primeros años del novecientos. Fue aquel un trabajo exhaustivo de las siete muestras que definieron la orientación oficial del arte español en esos años y también la fortuna profesional de muchos artistas que, con el refrendo de un premio, consolidaron carreras sus artísticas. Con la misma vocación de exhaustividad, de recoger todos los pormenores de la organización y características de cada galardón, la doctora Caparrós Masegosa aborda ahora los Concursos nacionales, nacidos a instancias del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes para proteger y estimular el cultivo de las Bellas Artes. Esta protección oficial se vertebraba a través de la Secretaría de Concursos Nacionales, creada específicamente para esa función, con diferentes formatos en función de los objetos expuestos e incluso su propia reglamentación, desde 1922 hasta 1936, si bien es cierto que los de arquitectura y pintura tardarían en incorporarse hasta 1930 y 1932 respectivamente.

El trabajo es el primer estudio entregado a describir estos concursos nacionales que sólo se habían tratado con anterioridad con motivo de los certámenes de escultura o de citas esporádicas en muchas biografías de creadores españoles. A través de una ímproba labor de archivo (en la biblioteca del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía y en la Biblioteca Nacional y del manejo completo de las fuentes hemerográficas) se han podido diseccionar todas las cuestiones relevantes en la historia de los premios: la complejidad de los preparativos, la formalización de la normativa, los inconvenientes administrativos, la elección de los jurados, la marcha de las deliberaciones, la dimensión social de los galardones (inauguraciones, banquetes,..), la recepción de la crítica y las polémicas sobre los fallos.

Los concursos de Artes Decorativas, afines a la temática de esta revista, se celebraron entre 1922 y 1936 y tuvieron distintas formulaciones. En varios años hubo varias secciones: telas, tapicería, cerámica, carteles, vidrieras, encuadernaciones y cueros, esmaltes y mosaicos, muebles o figurines, mientras

* E-mail: afgarcia@uniovi.es

que otras ediciones el tema y el medio artístico se concretaba. Así sucedió con el concurso de 1925 cuyo tema era un Proyecto de cartel anunciador de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1926 y que ganaría el gaditano Juan Miguel Fernández Sánchez. Muy similar fue la edición de arte decorativo de 1926 dedicada a un proyecto de ornamentación de libro para las publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Por último, el concurso de 1929 se centró, como sucedió también con el de escultura, en la decoración de la nueva sede del Ministerio, concretamente en dos grandes farolas de hierro para las enjutas del arco de la planta baja, en la fachada de la calle Alcalá, que lograría Enrique Eduardo Cañizares.

Además de conocer la dinámica de cada concurso y los avatares de su desarrollo, el lector se familiarizará con algunas apasionantes, y muchas veces casi desconocidas, biografías del ámbito de las artes decorativas. Algunas mujeres excepcionales como la pintora de abanicos sevillana Carmen Suárez Guerra, la dibujante y publicitaria Amparo Muñoz Montoro, que después de la guerra tuvo que exilarse en México, o María Luisa García Sainz, especializada en cuero, demuestran que precisamente en la producción de arte decorativo las mujeres no se enfrentaban a los mismos prejuicios, por su tradicional asociación con las manualidades domésticas. Otros nombres que enriquecen el discurso del trabajo son el del gran ceramista Sebastián Aguado Portillo, el gran diseñador y teórico Gregorio Muñoz Dueñas, el maestro rejero Julio Pascual Martín, el dibujante y pintor, Eduardo Santonja o Germán Gil Losilla, dedicado al esmalte y la musivaria, el metalista Juan José García García, que estaría vinculado posteriormente con los talleres de Arte Granda, además de los dibujantes y cartelistas Ramón Peinador Checa (que tomó el camino del exilio a México después del fin de contienda) y Félix Alonso, colaborador de Renau en el Pabellón Español de la Exposición Internacional de París de 1937, e incluso el ceramista Daniel Zuloaga, último eslabón de la conocida dinastía vasca.

En definitiva, con este nuevo libro Lola Caparrós vuelve a ofrecer al estudioso del arte español de comienzos del siglo XX una nueva oportunidad de relectura, con un trabajo serio, riguroso y de una gran capacidad analítica.

Fecha de recepción: 4 de enero de 2022

Fecha de revisión: 6 de enero de 2022

Fecha de aceptación: 7 de enero de 2022